

Día 13. Limpio de corazón

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre misericordioso, que en tu infinita bondad me has creado modelando el barro de mi corazón a imagen del de Jesucristo, tu Hijo amado, en el que te complaces: te ruego que, por medio del Espíritu Santo, purifiques todo lo que no es digno de un corazón en el que tú quieres mirarte.

MEDITACIÓN:

Una de las más hermosas bienaventuranzas es la que nos habla de la limpieza de corazón. «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». Es preciosa la recompensa prometida: ver a Dios. La bienaventuranza de los hombres es ver a Dios. La bienaventuranza de Cristo es poder ver a los hombres, pero verlos en toda su grandeza y dignidad, la que para nosotros, por nuestra falta de «limpieza de corazón», tantas veces permanece oculta. Escuchemos en el Evangelio cómo era la mirada de Jesús:

Entonces le presentaron unos niños a Jesús para que les impusiera las manos y orase, pero los discípulos los regañaban. Jesús dijo: «Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el reino de los cielos». Les impuso las manos y se marchó de allí. (Mt 19, 13-15)

¡Qué dulzura la del Corazón de Jesús! Podemos imaginar con qué ternura miraría a esos niños, seguramente no impolutos sino... ¡niños al fin! Niños con los pies sucios de andar descalzos por los caminos de Galilea, llenos del polvo levantado por sus alborotados juegos, vestidos con la pobreza que acompañaba las vidas de aquella gente, despeinados, y adornados con los rasguños que lucirían como trofeos de sus travesuras...

Otros veían en ellos un incordio, una molestia, un estorbo que había que tolerar por no poder evitarse, pero Jesús... Su corazón, limpio de todo prejuicio, ve más allá. Se mira en ellos como en un espejo, y encuentra al contemplarlos el reflejo de tu propia imagen, aquella que Él modeló junto a tu Padre.

Nos dice el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*:

Precisamente porque está atento a nosotros, él es capaz de reconocer cada buena intención que tengas, cada pequeño acto bueno que realices. Cuenta el Evangelio que vio «a una viuda de condición muy humilde, que ponía [en el tesoro del templo] dos pequeñas monedas de cobre». (Lc 21,2) e inmediatamente se lo hizo notar a sus apóstoles. Jesús presta atención de tal modo que se admira por las cosas buenas que reconoce en nosotros. Cuando el centurión le rogaba con total confianza, «al oírlo, Jesús quedó admirado». (Mt 8,10). Qué hermoso es saber que si los demás ignoran nuestras buenas intenciones o las cosas positivas que podamos hacer, a Jesús no se le escapan, y hasta se admira.¹

No deja de resultar impresionante el conocer que Jesús mira, penetrando más allá de lo que nosotros mismos podemos ver. Su corazón es tan limpio que no se queda atrapado por la corteza de escoria que tantas veces encierra al hombre como si fuera un caparazón. Su mirada benevolente no se echa atrás ante la aparente fealdad, sino que, al mirar a cada alma, recuerda que la ha hecho bella, a su imagen.

Pero ¿cómo podemos alcanzar nosotros la limpieza de corazón? Nosotros también deseáramos que nuestros ojos pudieran mirar con la mirada de Jesús a los demás; sin embargo... Nos encontramos encorvados sobre nosotros mismos². Tenemos que reconocer que, con frecuencia, a nuestro peor enemigo lo llevamos escondido dentro y que necesitamos convertirnos a Jesús³. Es un

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n.41

² Cf. SAN BUENAVENTURA. *Itinerarium mentis in Deum*, 7

³ Cf. PAPA FRANCISCO, *Audiencia 01/04/2020*

hecho que el error y la mentira ciegan nuestra inteligencia y sabemos que solo la Verdad, la Verdad con mayúscula, puede curar esta impureza. Nos vemos combatidos tantas veces por malos pensamientos, malos sentimientos, juicios duros que conviven y luchan con nuestra sincera sed de bien y de bondad.

Por eso somos conscientes de que para poder consagrarnos al Corazón de Jesús y llegar a esa unión con Él, tenemos que prepararnos con un trabajo serio, dejándonos hacer por las pruebas y purificaciones de la vida, dejándonos interpelar a fondo por la Palabra que nos llega de tantas maneras y a través de tantos cauces.

Ojalá lleguemos a vivir esta bienaventuranza de los limpios de corazón, que hará que hundamos nuestras raíces desde ahora en la eternidad, pudiendo gustar ya en este mundo algo de la felicidad que es estar con el Señor y verle a Él en todo. Sabemos que el deseo del Padre es revelar sus misterios a los pequeños y que Jesús comparte con gozo su proyecto. ¡Que sea, pues, así!

PROPÓSITO:

Jesús, en este día me llamas a posar mi mirada sobre los demás con la benevolencia que brota de un corazón limpio como el tuyo, procurando verte en cada una de las personas que me encuentre.

JACULATORIA:

Jesús, limpio de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.